

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

SUMARIO

LA SEMANA EN EL CARTEL

Junto á las risas las lágrimas: así es la vida real, y así por lo mismo debe ser tambien la ficcion escénica, fiel espejo de la vida. Un drama lleno de emociones y varias comedias exuberantes de regocijo registra la presente semana, sin contar algunas obras que pretendiendo hacer llorar han provocado no obstante estentóreas carcajadas.

El drama á que en primer lugar me refiero no es otro que *Sergio Panine*, original de un autor muy mozo todavía y representado con éxito tan extraordinario en el *Teatro del Gimnasio* de Paris, que la empresa á trueque de satisfacer en lo posible el furor del público, tiene que ceder todas las noches los sitios de la orquesta á los numerosos espectadores que acuden á la taquilla.

Jorje Ohuet, el afortunado autor de esta produccion, habia cultivado la escena con escasa fortuna, y dedicándose luégo á la novela, mereció un premio de la Academia por la obra que lleva el mismo título que el drama, puesto que este no es más que una refundicion de aquella. El autor siguió en este punto el consejo del empresario Konning, y hoy el éxito corona el acierto del empresario y el talento del poeta.

EL FIN DE UN AMOR VENDIDO, por Bodenhausen

Sergio es un príncipe polaco, elegante, fastuoso y tronado, que logra cautivar el tierno corazon de una niña, hija de la señora Desvarennes, mujer del pueblo, que á fuerza de trabajo y de talento comercial ha logrado amasar una fortuna considerable. El noble pretende dorar de nuevo sus blasones apelando á los caudales plebeyos y explotando la pasion de una cándida niña. El matrimonio se realiza, agotados los previsores consejos de una madre juiciosa; y este matrimonio se convierte en fecundo manantial de desventuras. El príncipe no ama á su mujer y reanuda antiguas relaciones con una amante, hermana adoptiva de aquella, la que á su vez ha contraido matrimonio con un honrado y opulento banquero. La señora Desvarennes cierra su caja á su yerno, y éste se lanza á peligrosas especulaciones en las que compromete su reputacion y su nombre. No pudiendo soportar tamaña afrenta, la princesa cae enferma, y cuando está moribunda y la policía se dirige á su casa para proceder contra el príncipe, la señora Desvarennes, que es un carácter: «Nosotros, en el comercio, le dice, frenética y desesperada, cuando quebramos y nos es imposible pagar, cubrimos con sangre nuestra mancha, y desaparece. Vosotros, en la nobleza, cuando os veis deshonrados ¿qué haceis?» Y le señala un revólver colocado sobre una mesa.

El príncipe rechaza la idea del suicidio, y tras una escena violentísima, su suegro toma el revólver y dispara sobre él. Sergio Panine cae muerto. Penetra el comisario en la estancia, y el secretario de la señora exclama:— «¡Ah! caballero: el príncipe, al saber vuestra llegada, se ha suicidado.»

Sólo una pequeña idea nos cabe dar de esta obra, en la cual se suceden las situaciones interesantes, desarrolladas con pasmoso vigor, por medio de personajes diestramente dibujados y de una diccion correcta, nervuda, viril, palpitante de verdad.

La risa junto la emocion, y la risa se alberga en el Teatro ó subsuelo *(cave)* del *Ateneo*, donde se representa *Le lapin* de los Sres. Bataille y Feugere. La traduccion literal de *lapin* es conejo; pero el *argot* parisiense aplica este epíteto al que se da aires de príncipe para captarse la confianza, el crédito ó la consideracion de las gentes, y que desaparece de la escena cuando llega el momento de tener que responder á sus obligaciones; y los autores de la picaresca comedia llaman *lapin* á un pobre diablo que mediante una buena propina consigue ser llevado en un carruaje de lujo cierto dia que no lo ocupa su dueño. El sugeto en cuestion se olvida su paletó, en el cual hay una tarjeta con tres palabras enigmáticas, origen del enredo y de las escenas mas estupendas, matizadas con donaires y chistes, la mayor parte de un color muy subido. El público los recibe bien, quizás por costumbre, dado que hay pocas escenas tan libres como la francesa.

Lili es un *vaudeville* ó zarzuela, estrenado en *Novedades*, y escrito sin mas objeto que poner á contribucion el garbo y la travesura de la Judic, la cual representa en cada uno de los tres actos un papel distinto. Empieza la accion en 1842 y acaba en nuestros dias, y la hermosa artista aparece sucesivamente como niña casadera, como madre y como abuela. La obra no brilla por su mérito literario, pero tiene una salsa picante de chistes y ocurrencias, y la actriz una preciosa coleccion de trajes. Esto basta para un público sensualista.

En la *Comedia* de Madrid se ha estrenado la titulada *Los guantes del cochero*. Su autor cultiva con igual fortuna la ciencia médica y la poesía. El Dr. Santero lleva escritas tres producciones, las tres recibidas con aplauso; pero todo el mundo está conteste en que la última supera á las precedentes. Con ella ha encontrado la embocadura. En medio de una lijereza jovial encierra un pensamiento, si bien algo gastado en el fondo, expuesto con novedad y gracejo: tal es la superioridad de la esposa sobre la amante. Un marido que conservando los malos hábitos de su vida de soltero sostiene una entretenida, la querencia de un caballo que tras de un fracaso ocurrido, cuando el cochero se ponia los guantes, traslada á la esposa á la habitacion de la amante; luégo una serie de escenas á cual más cómica, que tienen fin en un palco del Real en dia de baile de máscaras, forman el gracioso enredo de esta comedia, que por raro privilegio posee un tercer acto superior. ¡No digo si fuera feliz la humanidad, cuando todos los doctores en el arte de curar, por huelga de enfermos, tuviesen que hacer comedias como las hace el Dr. Santero!

¿Hablaré despues de esto del estreno de *El garbanzo negro*, presentado en el Teatro Español bajo los auspicios de un poderoso personaje, y enterrado al nacer, á las risotadas del público? No: paz á los muertos. El mismo dia, y á la misma hora se estrenaba en un teatro de París, un dramon demagógico-socialista, titulado *Claudio Premier*, y era objeto de iguales demostraciones. Es que en el templo del arte solo tienen acceso el mérito y el talento: allí no privan las perfumadas recomendaciones aristocráticas, ni los torpes halagos de las muchedumbres.

Sims es un dramaturgo inglés comparable con Lope de Vega, si no por la pompa de su númen poético, por la pasmosa fecundidad de su pluma. Apenas pasan quince dias sin que un nuevo título de Sims adorne los carteles de los teatros de Lóndres. Recientemente ha dado á la escena, con muy pocos dias de diferencia, un drama y una comedia: el primero, titulado *Taken from life*, ó como si dijéramos: *Tomado de la vida*, se ha estrenado en *Adelp Theater;* y la segunda, *La suegra*, en la *Opera cómica*. El primero es un melodrama, que tiene por base la eterna y manoseada lucha de la virtud y el vicio, á través de una accion interesante y un diálogo sencillo; la segunda no es más que un sainete en tres actos.

Lo mismo que sucedió en Paris entre Sandon y Uchard á propósito de *Odette* se ha repetido en Lóndres, con el drama *The Squire* (El Caballero) estrenado en *Saint James Theater*. Primero se daba esta obra por original; pero ha salido Hardy demostrando que el argumento procedia de una novela suya, y se han cruzado remitidos en los periódicos, y se ha mezclado en la contienda la pasion del público, y hasta ha habido apuestas como en el Derby, cual si se tratara de una carrera de caballos.

Escasas novedades musicales. Continuan en Bruselas las representaciones de *Herodías*. Carvalho, el empresario de la *Opera cómica* de París, ha hecho proposiciones á Massanet para montar inmediatamente esta partitura, en vista del éxito que ha alcanzado en la capital belga. Con que, ya lo saben los autores: el camino más corto de los teatros de París, es pasando por Bruselas.

En Lóndres se ha dado un gran concierto en *Albert Hall*, bajo los auspicios del Príncipe de Gales y el cuerpo diplomático, para socorrer á las víctimas del incendio de Viena. La estrella de esta solemnidad musical fué la cantatriz María Rose.

Miss Thursby, despues de una gloriosa excursion por Suecia y Noruega, ha regresado á Bruselas donde se apresta á dar algunos conciertos.

En Italia, nada. La temporada de la *Scala* languidece, y el público sigue retraido. En aquel vasto escenario se ha puesto el baile *Dei-Natha*, de asunto índico, y combinaciones, música y aparato amanerados en extremo. Sin embargo, los amantes de Terpsícore saludan en la jóven Limido una brillante estrella del arte coreográfico.

Cantar la *Favorita* en el Real de Madrid sin que se eche de menos al incomparable Gayarre, se reputaba cosa imposible; y sin embargo, el tenor Lestellier puede envanecerse de haber escitado entusiasmo frenético durante toda la representacion de la obra de Donizzetti. El arte de este cantante logró arrollar las prevenciones del patriotismo.

Sarah Bernhardt desde San Petersburgo se ha trasladado á Varsovia. La eminente actriz, acogida al principio con frialdad en la capital rusa, acabó por ser dueña y señora de todos los corazones, y eso que tenia allí dos temibles competidoras: las señoritas Strepetova, actriz rusa, y Barkany, actriz alemana, alentada la primera por sus compatricios y favorecida la segunda por la colonia germánica que es numerosísima en San Petersburgo. Pero á pesar de los esfuerzos que unos y otros hicieron en esta nueva faz de la guerra franco-alemana, quedó el campo por el pabellon francés. La alianza ruso-germánica fué impotente para vencer á la actriz incomparable.

Despidámonos por hoy, lector benévolo, en el Teatro del Príncipe Real de Lisboa. Allí se representa una *Revista dramática de* 1881, y van pasando en procesion los hechos más culminantes del año que acaba de espirar. De repente aparece un actor admirablemente caracterizado de gobernador de la ciudad, que por mas señas se llama Arsobas. Los agentes de órden público que se encuentran en el teatro, ante tamaño ultraje, silban desaforadamente: al público, en cambio, le da por aplaudir desaforadamente tambien: la funcion se interrumpe, y el verdadero gobernador, oportunamente avisado, comparece en el teatro y se presenta en el escenario rodeado de sus agentes.

Y aquí viene lo cómico: el gobernador falso y el verdadero gobernador se encuentran frente á frente, como frente á frente se encuentran asimismo los polizontes verdaderos y los comparsas caracterizados de polizontes, y despues de un sin fin de equívocos, y de malas inteligencias, y de inexplicables confusiones, y de tirarse de las barbas, para reconocer quién las llevaba postizas, el público se dió por bien pagado y satisfecho con aquella comedia al vivo, tan chusca como inesperada.

Un periódico lisbonense remata la broma con las siguientes líneas:

«Dícese que á las dos horas, el municipal que habia conducido preso al actor señor Joaquin Ferreira á las oficinas del gobierno civil, reconoció aterrado en su importante prisionero al gobernador civil en persona.»

Apaga y vámonos.

J. R. R.

NUESTROS GRABADOS

EL FIN DE UN AMOR VENDIDO

La desdichada amó á un hombre; le amó con delirio, con una de esas pasiones funestas que raras veces conducen á la felicidad. El miserable lo olvidó todo, deberes, juramentos, el nombre de Dios que salió infinitas veces de sus impuros labios. Y la pobre mujer engañada, vendida, manchado su cuerpo y manchada su alma, apeló á la muerte, que extingue el dolor, que extingue el remordimiento..... ¡Un crímen para borrar una falta! El autor de este cuadro ha embellecido á la suicida, cuanto le ha sido dable; no ella, la naturaleza que la rodea es la que nos revela el estado de ánimo de la jóven, antes de poner en ejecucion su fatal proyecto. Es la historia de Saffo reproducida todos los dias: la roca de Leucade ha sido escalada por muchas mujeres vendidas.

EL JOVEN POETA, por Baur

Preguntábanle á una jóven qué cosa era un poeta, y contestaba, sin duda por señas de alguno que le designarian como tal:—Es un señor que habla solo.

Es decir, si no es un loco, se halla en camino de serlo.

Lo mismo, mismísimo, se les ocurre á esas jóvenes griegas, á la vista del metrificador que se ha sentado cabe el muro de la quinta que aquellas habitan. El protagonista no puede expresar su condicion de una manera mas gráfica, pues está contando con los dedos los piés de sus versos. Esta digitacion sobre un teclado invisible excita la curiosidad y la risa de las hermosas niñas, que de fijo no darian un albérchigo por los sesos del viajero.

DOLORIDA, por C. Dieterle

Dolorida ¿de donde?... No hay que dudarlo, del corazon, de lo más sensible del corazon. El que de tal suerte apena á tan hermosa criatura, debe tener el alma de piedra berroqueña. ¿Puede el hombre más ingrato no bendecir á Dios y caer á las plantas de ese ángel, si ha merecido de él una palabra, un suspiro de amor siquiera? Y no obstante ese ángel sufre; están á punto de saltársele las lágrimas... Proponemos que al causante de ese dolor se le condene á fea perpétua.

EL DESCANSO, estatua en mármol, por R. Belliazzi

Si algo puede decirse de esta hermosa escultura es que no cabe concebir ni ejecutar un descanso más descansado. Todo en la figura del pobre campesino italiano respira el más sosegado reposo; todo, inclusa la conciencia, se halla perfectamente tranquilo en el jóven caminante, á quien debemos aplicar la conocida frase del poeta García: *qué mas bronce que no tener años once, ni qué mas lana que no pensar en mañana....*

LA BODEGA DE UN CONVENTO ALEMAN por Grutzner

Por lo visto, ó sea por el cuadro, los RR. PP. alemanes ejercen la virtud de la hospitalidad, insiguiendo la máxima cristiana: «ama al prójimo como á tí mismo». El dibujo es admirable de ejecucion y de intencion. No hay un solo personaje que no diga algo, y algo á propósito. El cuadro tiene un detalle singular; es una estampa colgada que reproduce la *Cena* de Leonardo de Vinci, notable en su original por la singular expresion de cada una de sus figuras. ¿Querrá Grutzner decirnos que, asimismo, hay que interpretar el valor de cada uno de los figurantes en su escena? En este caso, la tarea es larga, pero no difícil.

LA MUJER ALTA (CONCLUSION)

POR DON P. A. DE ALARCON

V

Os hago gracia, mis queridos amigos (continuó Gabriel), de las reflexiones y argumentos que emplearia yo para ver de tranquilizar á Telesforo, pues son los mismos, mismísimos, que estais vosotros preparando ahora para demostrarme que en mi historia no pasa nada sobrenatural ó sobrehumano...—Vosotros direis más: vosotros direis que mi amigo estaba medio loco; que lo estuvo siempre; que, cuando ménos, padecia la enfermedad moral llamada por unos *terror pánico* y por otros *delirio emotivo;* que, áun siendo verdad todo lo que referia acerca de la mujer alta, habria que atribuirlo á *coincidencias* casuales de fechas y accidentes, y, en fin, que aquella pobre vieja podia tambien estar loca, ó ser una ratera, ó una mendiga, ó una zurcidora de voluntades, como se dijo á sí propio el héroe de mi cuento en un intervalo de lucidez y buen sentido...

—¡Admirable suposicion! (exclamaron los camaradas de Gabriel en variedad de formas.) ¡Eso mismo íbamos á contestarte nosotros!

—Pues escuchad todavía unos momentos, y vereis que yo me equivoqué entónces, como vosotros os equivocais ahora.—¡El que desgraciadamente no se equivocó nunca fué Telesforo!—¡Ah! ¡es mucho más fácil pronunciar la palabra *«locura,»* que hallar explicacion á ciertas cosas que pasan en la tierra!

—¡Habla! ¡habla!

—Voy allá, y esta vez, por ser ya la última, reanudaré el hilo de mi historia sin beberme antes un vaso de vino.

VI

A los pocos dias de aquella conversacion con Telesforo, fuí destinado á la provincia de Albacete en mi calidad de ingeniero de Montes, y, no habian trascurrido muchas semanas, cuando supe, por un contratista de obras públicas, que mi infeliz amigo habia sido atacado de una horrorosa ictericia; que estaba enteramente verde, postrado en un sillon, sin trabajar ni querer ver á nadie, llorando de dia y de noche con inconsolable amargura, y que los

médicos no tenian ya esperanza alguna de salvarlo. —Comprendí entónces por qué no contestaba á mis cartas y hube de reducirme á pedir noticias suyas al coronel Falcon, que cada vez me las daba más desfavorables y tristes...

Despues de cinco meses de ausencia, regresé á Madrid el mismo dia que llegó el parte telegráfico de la batalla de Tetuan...—Me acuerdo como de lo que hice ayer.—Aquella noche compré la indispensable *Correspondencia de España*, y lo primero que leí en ella fué la noticia de que Telesforo habia fallecido y la invitacion á su entierro para la mañana siguiente.

Comprendereis que no falté á la triste ceremonia. —Al llegar al cementerio de San Luis, á donde fuí en uno de los coches más próximos al carro fúnebre, llamó mi atencion una mujer del pueblo, vieja y muy alta, que se reia impíamente al ver bajar el féretro, y que luégo se colocó en ademan de triunfo delante de los enterradores, señalándoles con un abanico muy pequeño la galería que debian seguir para llegar á la abierta y ansiosa tumba...

A la primera ojeada reconocí, con asombro y pavura, que era la implacable enemiga de Telesforo, tal y como él me la habia retratado, con su enorme nariz, con sus infernales ojos, con su asquerosa mella, con su pañolejo de percal y con aquel diminuto abanico, que parecia en sus manos el cetro del impudor y de la mofa...

Instantáneamente reparó en que yo la miraba, y fijó en mí la vista de un modo particular, como reconociéndome, como dándose cuenta de que yo la reconocia, como enterada de que el difunto me habia contado las escenas de la calle de Jardines y de la del Lobo, como desafiándome, como declarándome heredero de su odio á mi infortunado amigo...

Confieso que entónces mi miedo fué superior á la maravilla que me causaban aquellas nuevas *coincidencias* ó *casualidades*.—Veia patente que alguna relacion sobrenatural, anterior á la vida terrena, habia existido entre la misteriosa vieja y Telesforo; pero, en tal momento, sólo me preocupaba mi propia vida, mi propia alma, mi propia ventura, que correrian peligro si llegaba á heredar semejante infortunio...

La *mujer alta* se echó á reir y me señaló ignominiosamente con el abanico, cual si hubiese leido en mi pensamiento y denunciase al público mi cobardía...—Yo tuve que apoyarme en el brazo de un amigo para no caer al suelo, y entónces ella hizo un ademan compasivo ó desdeñoso, giró sobre los talones y penetró en el Campo Santo, con la cabeza vuelta hácia mí, abanicándose y saludándome á un propio tiempo, y contoneándose entre los muertos con no sé qué infernal coquetería, hasta que, por último, desapareció para siempre en aquel laberinto de patios y columnatas llenos de tumbas...

Y digo *para siempre*, porque han pasado quince años y no he vuelto á verla...—Si era criatura humana, ya debe de haber muerto, y si no lo era, tengo la seguridad de que me ha desdeñado...

Conque ¡vamos á cuentas! ¡Decidme vuestra opinion acerca de tan curiosos hechos!—¿Los considerais todavía *naturales?*

. . . .

Ocioso fuera que yo, el autor del cuento ó sucedido que acabais de leer, estampase aquí las contestaciones que dieron á Gabriel sus compañeros y amigos, puesto que, al fin y á la postre, cada lector habrá de juzgar el caso segun sus propias sensaciones y creencias...

Prefiero, por consiguiente, hacer punto final en este párrafo, no sin dirigir el más cariñoso y expresivo saludo á cinco de los seis expedicionarios que pasaron juntos aquel inolvidable dia en las frondosas cumbres del Guadarrama.

Valdemoro 25 de agosto de 1881.

P. A. DE ALARCON

LA TIENDA DE JUGUETES

(Cuento estrambótico)

Á MI AHIJADO CARLITOS PACHECO Y CASTILLA

I

Muy pronto hará catorce años (lo recuerdo perfectamente) que se abrió en la calle de la Concepcion Jerónima de Madrid una pequeña pero bonita y bien surtida tienda de juguetes, objeto durante algunos dias de la codiciosa admiracion de todos los chiquillos del barrio. Durante algunos dias no más. La tienda se inauguró con la solemnidad de costumbre en tales casos el 5 de julio de 1868, y el 17 del propio mes era reducido á cenizas cuanto habia dentro de ella, á causa de un incendio violentísimo que estuvo á punto de consumir el edificio entero.

La opinion general atribuyó la catástrofe á un descuido del dueño del establecimiento recien inaugurado. Era este un aleman rubio y mofletudo, llamado Federico Sickel, gran fumador de pipa y no menor bebedor de cerveza, quien, segun parece, se quedó la noche del 16 de julio durmiendo una de sus *monas* con la pipa entre los labios, dejó caer lumbre en un sitio donde de tal modo abundaban la madera y el barniz, y se vió á dos dedos de perecer hecho un toston.

La inverosímil heroicidad de un agente de órden público, que la revolucion dejó despues cesante, libró á Federico Sickel de una muerte segura; pero cuando nuestro aleman volvió en sí y se dió exacta cuenta de su ruina, su ánimo se afligió y acobardó de manera que el pobre hombre perdió la razon al cabo de muy pocos dias.

Yo estoy tan bien enterado de todos los anteriores sucesos porque por aquel entónces paseaba la calle de la Concepcion Jerónima á una linda muchacha cuya cara me hacia más gracia que la de mi profesor de Derecho Canónico, y en las largas horas que me dejaba inactivo aquella desahogada ocupacion tuve tiempo de sobra para averiguar cuanto queda referido.

II

Visitando hace algunos meses el famoso hospital del Nuncio, ó sea la casa de locos de Toledo, volví á encontrarme con Federico Sickel, á quien me costó no poco trabajo reconocer; tal estaba el infeliz despues de doce años de demencia, no siempre pacífica, segun me dijo la hermana de la Caridad que me enseñaba el benéfico asilo.

Reducíase la manía de aquel sin ventura á referir su historia á todo bicho viviente, procurando sincerarse de los malos juicios formados sobre su conducta, juicios de que él tuvo noticia casi al propio tiempo que del incendio de la tienda.

A mí me pidió, apénas nos detuvimos delante de él, que le diese un cigarro y le prestase atencion, y yo accedí á ambas peticiones no sólo por el prudente temor de irritarle, sino porque la bondadosa hermana Teresa me habia asegurado ser muy interesantes y peregrinas las cosas que contaba el loco.

Nos sentamos en un banco de la alegre habitacion desde cuyas rejas se domina el extenso panorama de los celebérrimos cigarrales, encendimos un par de brevas de á veinticinco céntimos y Federico Sickel habló en estos ó parecidos términos.

III

—«Yo, aquí donde Vd. me ve, nací con vocacion y con grandes cualidades de artista. La pobreza de mi familia me privó de hacer ciertos estudios y de llegar á ser un nuevo Torwaldsen; pero al notar mi pasion por la escultura y mi facilidad para modelar muñecos de barro, un fabricante de juguetes que vivia en mi pueblo me llevó á su casa, me inició en todos los secretos de su profesion y pronto fuí el primero de sus oficiales. Puedo afirmarlo sin vanagloria: nadie ha sabido tan bien como yo pintar la inocencia y la alegría en el rostro de los *bebés*, dar á la fisonomía de las muñecas una expresion agradable y distinguida y poner en los labios de los polichinelas una sonrisa benévola y volteriana al propio tiempo.

Desdichas de mi principal, que sería largo y enojoso referir á Vd. ahora, me trajeron con él á España, donde varios compatriotas nuestros se habian enriquecido en el comercio de juguetes.

Mi principal se estableció en Barcelona; yo me ví dueño de algunos ahorros y me dirigí á Madrid, deseoso de tentar fortuna por mi propia cuenta. Allí me enamoré perdidamente de la que hoy es mi esposa, fuí ensanchando el círculo de mis negocios y poco tiempo despues de casarme realicé lo que siempre habia sido mi sueño dorado: abrir una tienda de juguetes á mi gusto.

¡Con qué esmero cuidé de los menores detalles! ¡Qué llamativa era la muestra! ¡Qué elegante y artística la anaquelería! ¡Qué completo y qué nuevo el surtido de juguetes de todas clases, construidos en su mayor parte por mis propias manos! No me cambiaba yo por nadie cuando asomado á la ventana de nuestra habitacion, que daba al interior de la tienda, veia esta siempre llena de compradores y con infinidad de personas detenidas ante el escaparate..... Voy á decir á Vd. una cosa que va á parecerle impropia de un hombre en su sano juicio: como casi todo aquello era obra mia, como me habia costado tantas fatigas y preocupaciones, me consideraba yo creador en cierta manera de aquel mundo de muñecos, y algunas noches, acalorada la imaginacion y soñando despierto, me parecia que de un momento á otro iban á cobrar vida, á animarse y á moverse. Algunos de mis *bebés* decian «papá» y «mamá» con una claridad sorprendente; pero mis deseos iban más léjos todavía..... ¿Quién es capaz de encadenar el pensamiento?

A los dos dias de abrirse la tienda se puso á la muerte una tia de mi mujer que habitaba en Lagartera, lugar de esta provincia de Toledo; mi mujer se fué á cuidar á su parienta y yo me quedé en Madrid acompañado del dependiente, el cual dormia fuera de casa.

En la vecina iglesia de las Carboneras pedia limosna desde la mañana hasta el anochecer un mendigo de muy mala facha, viejo, tullido, picado de viruelas, con unos ojos que relucian como carbunclos y que andaba arrastrándose como un reptil á favor de dos muletas, cuyo ruido seco y desigual todavía resuena en mis oidos y pone en conmocion todos los nervios de mi cuerpo.

Llevaba consigo el pordiosero un nietecillo de cinco ó seis años, hermoso como un sol y rubio como el oro, á quien parecia querer entrañablemente. Algunos dias que la limosna daba para ello, le compraba en mi tienda, al retirarse á casa, un Juan de las Viñas, una peonza, una caja de soldados de plomo ó cualquier otro juguete cuyo precio no excedia nunca de un par de reales. El muchacho todo lo aceptaba con indiferencia y áun con desabrimiento porque estaba antojado de cierto precioso caballo de tornillo que era uno de los mayores incentivos del escaparate..... ¡Pero aquel caballo costaba catorce duros!—Los costaba y los valia, créame Vd. La piel era de un delicadísimo color de café con leche; los ojos azules y brillantes atraian las miradas á despecho de la voluntad, y las crines primorosamente trenzadas, la silla de terciopelo verde, el rendaje de cuero y los estribos de oro no habia dinero con que pagarlos. Añada Vd. á esto que apénas se ponia un dedo en las manivelas, el caballo comenzaba á moverse como si no se pudiera contener... No lo tome Vd. á broma: en los contados dias que lo tuve en mi tienda le ví más de una vez á punto de piafar, impaciente de libertad y esparcimiento.

Cuando el mendigo entraba á comprarme cualquier cosilla para su nietezuelo, solíamos echar los dos algun que otro párrafo. Mi carácter es naturalmente bondadoso y sencillo: por lo mismo que aquel hombre me era antipático, la consideracion de su desgracia me impulsaba á mostrarme amable con él. Me hacia gracia la ingenua admiracion que le producia mi habilidad para fabricar juguetes de todas clases, y la verdad es que, á pesar de ser hombre ignorante y rudo, no carecia de cierto instintivo buen juicio..... El cariño que sentia por su nieto acabó de destruir todas mis prevenciones, y más de una vez le hice rebajas de consideracion en las frioleras que compraba. Una noche llegó á tiempo de hallarme yo bebiendo un poco de cerveza, bebida que me encanta y que no pruebo hace un siglo, porque segun me han asegurado (resérvelo Vd.) he bebido ya bastante en mi vida. Ofrecí al mendigo un vaso del precioso licor, que relucia como el topacio á través del cristal, y lo aceptó de buen grado, repitiendo las libaciones á medida que yo le animaba á hacerlas no sólo con mis palabras sino con mi ejemplo.

Trascurrió un breve rato y me sentí acometido de un ardiente deseo de expansion, de una invencible necesidad de revelar á álguien las mas íntimas impresiones de mi espíritu como pocas veces exaltado y soñador.

El mendigo acariciaba con una mano el vaso de cerveza y con la otra la rubia y ensortijada cabellera de su nietezuelo, cuyos ojos no se apartaban un momento del caballo de tornillo que parecia embelesarle y fascinarle.

—En verdad, señor D. Federico,—me dijo el mendigo sonriendo, por primera vez desde que nos conocíamos, de una manera natural y franca,—que es Vd. el hombre más venturoso del mundo entero.

—¿Eso piensa Vd., amigo mio?—le repliqué sin poder contenerme.—Pues vea Vd. cuánto engañan las apariencias: hasta que logre realizar el deseo que hace mucho tiempo me atosiga, y en este instante como nunca, seré todo lo contrario de lo que Vd. dice.

—¿Qué puede Vd. desear, teniendo lo que tiene?—me preguntó con un tono en que yo creí descubrir un si es no es de malicia.

—Va Vd. á saberlo,—repuse con fogosidad en mí inusitada.—Yo no puedo ser feliz hasta que esta coleccion de séres fabricados por mi mano y que llenan los estantes de mi tienda adquieran la única perfeccion que les falta: la vida, el alma de que no he sabido dotarlos hasta hoy, á pesar de esa habilidad tan decantada por Vd. y de que yo me rio en este momento!

El mendigo me miró guiñando un ojo de una manera particular y que tengo presente, como cuanto sucedió en aquella noche inolvidable.

—¿Qué daria Vd. á quien realizara su antojo?—me preguntó con mucha sorna.

—Le daria cuanto me pidiera,—le respondí con dignidad y decision.

—Déme Vd. el caballo de tornillo para mi nieto y esta noche al sonar la última campanada de las doce tendrá vida cuanto nos rodea.

Mi interlocutor al decir esto me miraba de un modo extraño y que á mi pesar me subyugaba y me aturdia. Tal vez fuera ilusion de mis sentidos, pero su talla habia aumentado, su cuerpo antes tullido ostentaba no sé qué soberbia rigidez, y todo él aparecia á mis ojos como medio velado por una brillante y fantástica nube.

Hice un poderoso esfuerzo, sonreí y repliqué al extraño personaje:

—Si Vd. fuera capaz de realizar lo que dice, ni viviria pidiendo limosna ni ambicionaria para su nieto la posesion de ese caballo de tornillo.....

No me dejó proseguir. Miróme de arriba abajo con supremo desden y dijo cogiendo de la mano al nietecillo y encaminándose hácia la puerta:

—¿Qué sabe Vd. de estas cosas, pobre hombre? ¿Conoce Vd. acaso mayor riqueza que la del pordiosero que vive sin trabajar, que carece casi en absoluto de necesidades y que á nadie envidia ni de nadie es envidiado? ¿No acepta Vd. el trato que le propongo? Pues muy buenas tardes. Para eso no hay precision de faltar á nadie.

Un vértigo espantoso se apoderó de mí. Corrí, no sin algun trabajo, hácia la puerta y me coloqué entre ella y el mendigo.

—Déme Vd. una prueba cualquiera de su poder sobrenatural y pídame cuanto se le antoje.

Detúvose el viejo al escuchar estas palabras mias, y, despues de reflexionar un momento, me preguntó con seriedad:

—¿Cuántas lámparas hay en la tienda de Vd.?



UN JOVEN POETA; por Alberto Baur



DOLORIDA por C. Dieterle

—Una tan sólo,—respondí señalando la que pendia del centro del techo.

—Pues enciéndala Vd.—dijo el mendigo—y verá Vd dos.

Obedecí temblando y ¡oh milagro indudable, patente! vi dos lámparas en efecto.

Una fe ciega penetró en mi espíritu disipando las vacilaciones anteriores.

—Llévense Vds. el caballo de tornillo (exclamé lleno de alegría): todo lo creo, todo lo juzgo posible despues de lo que he visto.—Y caí en una silla abrumado por tantas y tan distintas emociones.

Envueltos en la misma vaporosa nube de que he hablado á Vd. ántes, salian de la tienda el abuelo y el nieto. Este montado sobre el caballo de tornillo, que parecia tener alas en vez de ruedas segun lo pronto que desapareció de mi vista.

IV

—Si no me da Vd. otro cigarro, aquí se acabó la presente historia,—me dijo Federico Sickel abandonando al fin su temeraria idea de fumarse el último resto de la colilla.

Le alargué nuevamente la petaca y prosiguió:

—Despedí al dependiente, muchacho de unos catorce años y que se mostraba algo asustado de lo ocurrido, y á pesar de ser apénas las ocho de la noche cerré mi tienda. La impaciencia me consumia y no sabia cómo entretener las horas que faltaban hasta las doce. Me subí al cuartito interior desde cuya ventana se dominaba perfectamente la tienda entera. Dejé las lámparas encendidas, y fumando y bebiendo cerveza el tiempo comenzó á pasárseme sin sentir. Yo era gran bebedor, debo confesarlo, pero—aunque sostengan otra cosa mis detractores—podia serlo impunemente. Aquel licor celestial no llegó jamás á perturbar mis sentidos: léjos de eso, me aclaraba la vista y hasta me vigorizaba la inteligencia de un modo increible.

Oí dar las nueve, las diez y las once en el reloj de la iglesia vecina, y presa de un extraño sopor, con la cabeza ardiente y pesada, y sintiéndome como clavado en mi asiento, empecé á contar las campanadas de las doce.

Sonó la última y me ví bañado por una vivísima claridad. Esta claridad se fué corriendo por todo el espacio que alcanzaban á distinguir mis ojos y al llegar á los cristales de la anaqueleria los iluminó primero con brillantez deslumbradora haciéndolos despues crujir y saltar en pedazos con áspero estrépito. Los objetos ordenadamente colocados en los estantes cayeron al suelo confundidos y revueltos; pero pronto comenzaron á moverse y á distribuirse de nuevo prestando á mi tienda el aspecto de un mundo en miniatura. Las casitas de madera se agrupaban y alineaban formando calles; los árboles de verdes y rizadas hojas formaban á su vez bosques y paseos; aquí atravesaba un ferro-carril de hoja de lata por un puente de carton; más allá vaporcitos y buques de vela navegaban por rios y mares de líquido cristal... Los muñecos de todas clases y tamaños parecian despertar de un sueño. Los arlequines, los dominguillos, los D. Juan de las Viñas se desperezaban bostezando; las muñecas miraban con interesada curiosidad á sus compañeras del bello sexo y se componian el traje con sus manitas de cabritilla; los bebés lloraban desconsoladamente y las amas pasiegas ó vizcainas acudian á acallarlos, empleando para ello los procedimientos usuales; los soldados de pasta y de plomo se colocaban de guardia en sus garitas ó emprendian al mando de sus jefes toda clase de ejercicios y evoluciones; los prados de musgo artificial se veian llenos de vacas y de ovejas, y más de un raton de resorte escapaba á duras penas de un gatazo de china produciendo sus carreras no pocos chillidos y desmayos entre el sexo muñequil femenino... Todo era allí animacion y vida, y yo no cabia en mí de gozo al ver realizado mi deseo.

La satisfaccion completa me duró poco, sin embargo. Los ex-muñecos tenian sus necesidades y sus pasiones, y yo no podia ménos de observar con cierta pena los resultados lógicos é inevitables de lo que estaba sucediendo. Los muñecos necesitaban comer para vivir y cada gallina de madera á que se retorcia el pescuezo, cada pato de porcelana que se convertia en *pastel de foie-gras* me costaba á mí una desazon horrible. Ni era esto sólo. La vida de los muñecos traia consigo la fatal precision de su muerte. Un pierrot y un granadero de la guardia imperial se enamoraron perdidamente de cierta pastora de los Alpes. La muñeca, como casi todas las de mi tienda, era frágil y se decidió por los dos, coqueteando con ambos, ni más ni ménos que una mujer de carne y hueso: hubo un desafío entre el militar y el paisano y el sable del granadero abrió un boquete en el vientre del pierrot, boquete por el cual se le fué al segundo hasta el último grano de salvado. Otra muñeca ambiciosa y amiga del lujo se perdió por una docena de lentejuelas con que se propuso seducirla, y lo consiguió, un pérfido velocipedista tirolés. Abandonada por su amante, la desdichada jóven se tiró á la calle desde el tejado de su casa y se hizo añicos. Muñeco habia que se jugaba los zapatitos á la ruleta; otros se echaban á robar á los caminos; otros se pasaban la vida en la taberna entregados al feo vicio de la bebida y dicho se está que ninguno acababa bien.

El rey de aquel nuevo país, que era un muñeco muy viejo y de muy buena pasta, no sabia qué hacer para meter en cintura á aquella gentecilla. Cada vasallo suyo pensaba de una manera, y lo único en que casi todos estaban conformes era en el deseo de vivir sin trabajar, de divertirse á toda costa y de darse importancia sin reparar en los medios ni en las consecuencias. Media docena de muñecos ambiciosos tenian al rey en jaque á cada paso, y apénas se pasaba dia sin que los soldados de plomo y los de madera viniesen á las manos so pretexto de defender tales ó cuales principios, pero en realidad para halagar las pasioncillas de este ó del otro monigote. Lo que á mí me llamaba más la atencion era la indiferencia que reinaba en una parte de la ciudad, miéntras en los arrabales y en los campos todo era estrago y muerte y miseria más espantosa que la muerte misma. El zumbido del cañon, los ayes del moribundo, el estertor de la agonía de los que espiraban de hambre, no impedian jamás, ni amargaban siquiera, sino en contadísimos casos, la loca alegría de los séres felices. Yo que lo contemplaba todo desde cierta altura y todo lo abarcaba de una sola mirada, apreciando bien el menor contraste del extenso cua dro, pasaba fácilmente de la melancolía á la indignacion en vista de tanta desdicha enorme y hasta cierto punto voluntaria.

La situacion se hacia insostenible por momentos. Muñecos que se las echaban de hombres de importancia fueron poco á poco quitando á los habitantes de aquel país la fe que en otro tiempo bastaba, cuando no para otra cosa, para darles resignacion en sus desventuras y algun horror á los vicios que al presente los dominaban por completo; en pos de aquellos vinieron otros á difundir entre los muñecos mayores y menores la idea agradable y fecunda de que todos eran completamente iguales, y despiertas las ambiciones más insensatas, rotos los únicos frenos seguros, sucedió... ¿qué quiere Vd. que sucediera, amigo mio? Se urdió una conspiracion horrible, el rey fué derribado del trono, el ilustrado pueblo fué árbitro de sus destinos, y para celebrar dignamente el comienzo de su soberanía, pegó fuego á la ciudad por sus cuatro costados y todo quedó reducido á cenizas.

¿Comprende Vd. ahora la pérfida intencion del diabólico mendigo y la extension de mi desgracia? Yo deseaba que mis muñecos vivieran, pero el mendigo fué más allá de mis deseos: me los convirtió en hombres, y con los hombres, créame Vd., no puede hacerse nada bueno.

A mí me sacaron de la tienda medio abrasado; conté á todo el mundo lo sucedido, y no sólo se negaron á darme crédito, sino que hubo quien me juzgó rematadamente loco. Mi mujer, que habia heredado á su tia, me metió en este santo hospital del Nuncio apénas me vió sin un cuarto; y aquí me tiene Vd. ocupando una plaza que muchos que andan sueltos por la villa y corte de Madrid podrian reclamar con mejor derecho.

Dicen que mi historia es inverosímil..... ¡Como si lo que á mí me ha pasado no estuviera repitiéndose á cada momento! Pregúntele Vd. á Dios, que es persona fácil de encontrar puesto que está en todas partes, lo que le pasa todos los dias con esa tienda de juguetes que se llama el mundo!»

V

Confieso que la última reflexion del pobre Federico Sickel me hizo alguna fuerza y me decidió á escribir y publicar el anterior tejido de disparates.

CÁRLOS COELLO

NOTICIAS GEOGRÁFICAS

La noticia de haberse firmado y ratificado el tratado de límites entre las Repúblicas argentina y chilena, ha producido buena impresion en ambos países, como la ha producido en el nuestro; donde deseamos ver extirpadas todas las causas de rencillas y querellas en aquellos países á los que profesamos una fraternal simpatía.

Los límites acordados por los representantes de ambas repúblicas son: de Norte á Sur, hasta el grado 52 de latitud, la cordillera de los Andes; la línea fronteriza correrá en esa extension por las cumbres más elevadas de dichas cordilleras que dividan las aguas y pasará por entre las vertientes que se desprenden á uno y otro lado.

De la region que se extiende al Sur del paralelo 52, una parte queda para la República argentina, sin condiciones ni limitaciones de ninguna clase, y la otra para Chile. La República argentina prescinde de la parte que hoy tiene en el estrecho de Magallanes con las siguientes condiciones: será perpetuamente libre su navegacion para todas las banderas; será perfectamente neutralizado: Chile no podrá levantar fortificaciones en las costas del Estrecho ni obras de defensa que puedan contrariar este propósito.

La parte del Estrecho perteneciente á Chile queda sujeta á las mismas condiciones de libre navegacion y de perpetua neutralidad.

Los intereses generales del comercio universal quedan así garantizados, y el Estrecho entregado para siempre á las seguridades de la paz.

* * *

LOS MANANTIALES DE CHIPRE.—Aunque llueve muy poco en la isla de Chipre (Asia), bien sea por efecto de un desmonte excesivo, ó ya por otras causas, en este país abunda mucho el agua, aunque subterránea: débese á una capa impermeable que retiene aquel flúido debajo de tierra á diversas profundidades.

Los rios de corriente constante son, sin embargo, muy raros allí; el mayor de todos los de la isla, si es que Chipre tiene verdaderos rios caudalosos, es el Pedias, que pasa por Nicosia ó Leukosia, capital: su lecho, en seco durante el verano, tiene allí una anchura de 110 metros.

En cuanto á los manantiales, los hay muy hermosos: los más grandes son los de Chytrea, célebre por sus aguas. Cuando desde la triste Nicosia, asentada en la Messaria, llanura desnuda y árida, se pasa al valle de Chytrea, creeríase uno trasportado súbitamente á otro mundo, al centro de espléndidos jardines, donde las moreras, los albaricoqueros y limoneros alternan con los naranjos y los grandes olivos.

Chytrea debe su orígen á los atenienses. A la entrada del valle, que es muy profundo, se ven ya los manantiales, cuyo contenido recoge un acueducto muy bien construido; el agua que no penetra en él baja rápidamente al valle, y pone en movimiento treinta y dos molinos.

En otra época, este acueducto llegaba hasta Sálamis, recorriendo una distancia de cuarenta kilómetros, poco más ó ménos.

En la antigüedad circulaban muchas fábulas sobre estos manantiales, que se consideraban como sagrados, y áun hoy predominan singulares ideas acerca de su orígen.

El sitio de donde brota el agua es evidentemente la salida de un gran depósito subterráneo lleno por las lluvias que penetran en el terreno de una vasta extension de montañas; pero muchos habitantes suponen que las aguas llegan de Asia; que deben tener su nacimiento en las alturas de Caramania, desde donde, pasando como por un sifon á gran profundidad debajo del mar, acaban por presentarse en las rocas de Chytrea.

NOTICIAS VARIAS

LA FOTOGRAFÍA EN LOS TRIBUNALES.—La fotografía acaba de desempeñar un cometido importantísimo en un proceso que no ha dejado de llamar en alto grado la atencion de los hombres científicos. Hé aquí un resúmen de lo sucedido: un tal Cilting de Nueva-York fué acusado de la falsificacion de ciertos documentos en una reclamacion relativa á seguros contra incendios. No aparecia prueba alguna para que se le condenara en definitiva; pero uno de sus dependientes, á quien habia despedido, tuvo la ocurrencia de hacer fotografiar una hoja de papel que encontró sobre el pupitre del acusado.

Esta hoja de grandes dimensiones estaba cubierta de ciertos caracteres, ó por mejor decir, de huellas dejadas por estos, á consecuencia de haberse escrito cálculos y notas por medio de un lápiz en otro papel colocado encima de ella. La hoja que quedó sobre el pupitre, era blanca por completo y apénas dejaba adivinar á la mirada los trazos; echábase tan sólo de ver aquí y acullá las huellas que estos habian impreso en la superficie. Las primeras tentativas ejecutadas por medio de la fotografía fueron infructuosas, pero hicieron abrigar la esperanza de poder descifrar parte de lo escrito, si lograba conseguirse fijar la luz y las sombras. Para alcanzar tal resultado, se reprodujo la hoja sobre una placa preparada con gelatina bromurada, empleando la luz eléctrica. ¡La revelacion fué sorprendente! Todas las fraudulentas ideas que abrigaba el acusado, se pusieron de manifiesto de un modo milagroso. Se vieron, no ya sólo los cálculos efectuados, sino tambien las observaciones consignadas junto á ellos, lo que demostró perfectísimamente los propósitos y los fraudes de Cilting, que fué en definitiva condenado á cinco años de trabajos forzados.

* * *

KRUPP DE ESSEN.—La fundicion de acero en Essen existe desde 1810. Desde 1826 ha sido dirigida por su actual dueño M. Alfred Krupp, y desde 1848 por su propia cuenta. El número de operarios asciende á 15,000 ocupados en los talleres y 5,000 en las minas, propiedad de la casa. En esta fundicion hay 1,648 fraguas, 77 martillos de vapor, pesando el mayor 50 toneladas, 18 trenes de rodillos y 1,063 instrumentos de maquinaria. Una de las máquinas de vapor de las 45 que hay en Essen es de 1,000 caballos de fuerza. Cuando se emplean todos los medios existentes, la fundicion puede producir en 24 horas 2,700 rieles, que formarian 11 millas de vía férrea, 350 llantas, 150 ejes de carro y locomotora, 180 ruedas de carro, 1,000 muelles de ferro-carril, 1,500 granadas, etc. En un mes pueden hacerse allí 304 cañones de campaña y cañones de grueso calibre. Las minas anexas á las fundiciones comprenden cuatro minas de carbon y 562 de hierro.

CRONICA CIENTIFICA

LA EXPOSICION DE LA ELECTRICIDAD EN PARIS

I

Los Campos Elíseos de Paris, de ese Paris centro de todos los placeres, sumidero de todos los vicios, templo de todas las grandezas, que nuestra moderna civilizacion engendra; los Campos Elíseos, repetimos, donde se dan *rendez-vous* todas las tentaciones, para asaltar al cándido provinciano, ó al curioso extranjero, bajo forma de un teatro, de un baile, de un restaurant, ó de una dudosa ninfa, á cada revuelta de sus pintorescas calles, en cada seno de sus pequeños y elegantes bosques, ó en el contorno de sus cien canastillos de flores; los Campos Elíseos, por cuya gran avenida central pasan hácia el célebre bosque de Boulogne los siete pecados capitales, desde la vanidad y la soberbia, que por extraño capricho van encaramadas en los pescantes de lujosísimos coches, hasta la pereza que se desliza rápidamente,

tendida en el fondo de cómodo carruaje, sobre más resortes montado, que tren directo al infierno; esos tradicionales, impuros y alegres *Campos Elíseos*, en fin, han merecido esta vez el perdon de muchos pecados, el olvido de muchas liviandades, y plenaria indulgencia para buen golpe de culpas futuras, aposentando en el Palacio de la Industria al genio de la invencion y del trabajo.

Todo es luz en el espléndido edificio; luz que rebosa por sus cien ventanas y finge en las sombras un palacio encantado, superior á cuanto la imaginacion pudo crear, en aquellos orientales cuentos de las mil y una noches, tan poblados de hadas y genios, enanos y gigantes, asombros y maravillas. Pero esa luz es fruto lento y penoso de centenares de siglos, de multitud de generaciones, de muchas luchas, de muchos dolores y de muchas lágrimas; porque es hija del trabajo humano, que con lágrimas, y con sangre, y con desesperacion á veces, amasa sombras y tinieblas para que de ellas broten torrentes de claridad y de alegría á beneficio de las futuras generaciones.

Bien puede decirse, que la luz eléctrica de los Campos Elíseos es el resultado de apretar, si la palabra vale, el hombre pensador y el humilde obrero, durante siglos, en la bóveda de su cráneo, aquel, y este entre sus nerviosas manos, más negruras y más imposibles, que hay en el fondo de los mares y en los abismos del espacio. Y no son estas, en verdad, frases más ó ménos poéticas, sino tangibles realidades; porque del negro carbon de piedra se saca todo un íris de vivísimos matices, y de su fuerza, torrentes de electricidad y surtidores inmensos de luz, que con los del sol rivalizan.

Pero vengamos ya al gran acontecimiento de estos últimos meses; acontecimiento cuyos mil pormenores han referido libros, revistas y folletos; cuyas maravillas más se sienten que se describen; y cuya fama vuela por uno y otro mundo en alas de esa otra electricidad de la idea, que lleva por nombre la *prensa periódica*.

Primero la impresion, despues vendrá el estudio.

Lleguemos, ya entrada la noche, y en compañía de nuestro benévolo lector, á la plaza de la Concordia: detrás quedan las ruinas de las Tullerías, en que está escrito un crímen gigantesco del pueblo de Paris; delante se alza el arco de la Estrella, en que están escritas muchas glorias de la Francia; entre las negruzcas ruinas y la mole triunfal, se levanta el Palacio de la Industria, monumento en honor del genio, del trabajo, y que más que á Paris, pertenece al mundo, aunque deba noble hospitalidad á la gran nacion francesa.

Y allí, en la gran plaza, veremos bajo un pequeño tinglado el coche tranvía de Siemens tomando viajeros: cómodo y elegante carruaje, que luégo rápidamente, sin caballos que tiren de él, ni locomotora, ni máquina visible; sin ruido, humo, ni calor, conducirá al palacio de la electricidad, — como aquellos extraños monstruos de los cuentos fantásticos conducian caballeros y princesas á encantados palacios, — á cuantos quieran probar la locomocion eléctrica, y buscar entrada digna y adecuada, en la nueva mansion de las maravillas etéreas; que á pié y por un torniquete giratorio es entrada prosaica, y mejor parece dejarse llevar por la fuerza impulsiva de ese sutilísimo flúido que se llama éter, que nadie ha visto, y que es el genio misterioso de todos estos modernos prodigios, para ir á visitarlos en su centro.

La primera impresion es la del asombro, la del estupor casi pudiéramos decir: tanta luz deslumbra, tal multitud de objetos confunde, aturde el ruido de las máquinas, y se siente el observador envuelto por efluvios eléctricos. Para dominar el conjunto es necesario ir al fondo de la nave, subir la gran escalera interior, llegar á una de las galerías altas, y desde allí tender la vista sobre el extraño espectáculo que ofrecen las mil y mil invenciones esparcidas por su extensísima área.

Aquella atmósfera luminosa, que por todas partes se extiende, y que con plateados reflejos sube hasta la cristalina bóveda; aquellas infinitas luces eléctricas, que parecen estrellas y luceros desprendidos del alto cielo, y que despues de caidos en nuestras bajas tierras, continuan ardiendo; aquellas múltiples instalaciones, con sus variadas y pintorescas formas, de castillos, plataformas, arcos, lagos, túneles, cerrados gabinetes, blasonadas mesas y acordonados recintos; aquellas banderas suspendidas, con sus cien colores y sus cien escudos llenos de águilas, leopardos, grifos y toda clase de monstruos, y todo linaje de complicaciones heráldicas, unas frente á otras, como tantas y tantas veces estuvieron en los campos de batalla, pero no envueltas en humo, ni empapadas en sangre, ni por enemigos hierros desgarradas, sino alumbradas todas ellas por los brillantes reflejos de una sola luz, conjunto de todas las luces, como en la idea universal, y en el universal amor, se confunden todas las ideas, y todos los amores individuales; aquellos infinitos objetos, misteriosos pigmeos de la física, con sus palancas, sus ruedas, sus resortes, sus cuadrantes, sus cristales y sus cobres, cubriendo todas las mesas y todos los muros, y como imitando danza fantástica en sus inquietas vibraciones; aquellos monstruos de vapor ó de gas, de fuerza de 40, de 50, de 70 caballos, rechinando en toda la galería baja del palacio que corresponde al Sena, como si estuviesen así ordenados para bajar más fácilmente al caudaloso rio á refrescar sus abrasadas fauces; aquellos centenares de máquinas magneto-eléctricas y dinamo-eléctricas girando con espantosa velocidad de mil y más vueltas por minuto en la atmósfera magnética de los imanes, y engendrando corrientes eléctricas, que luégo, conductores, alambres y cables llevan en complicadísima red, por todo el Palacio de la Industria, como sistema nervioso de aquel colosal monstruo de piedra, hierro y cristalería; aquellos gabinetes en que la electricidad obliga y precisa á las fuerzas vegetales á trabajar en la creacion prodigiosa de las celdillas orgánicas; aquellas fugaces y chispeantes líneas en los flecos y cepillos metálicos de los colectores, espuma luminosa de un invisible rio de éter; aquel faro en el centro, coloso de luz encadenado, al que, de igual suerte que á los monstruos del mar, cuando se les aprisiona, se les hace un pequeño estanque, para que en lo posible no echen de ménos su elemento, se le ha hecho tambien su lago en miniatura todo alrededor, para que en él se mire, aunque el gigante lo desdeña, y por la bóveda cristalina del edificio pasea lentamente sus eclipses y sus destellos, ó buscando las mayores alturas, ó buscando salida para dilatar sus rayos por los horizontes del mar; y cuando todo parece agotado en la planta baja, aquella serie de salones, salas, gabinetes y teatros del primer piso, en que rivalizan todos los sistemas del alumbrado eléctrico; la galería de cuadros, iluminada por la lámpara Soleil; el teatro con sus decoraciones de MM. Rubé y Chapron, y con lámparas del sistema Werdermann; el salon del presidente de la República luciendo el sistema Reynier; apetitosas cocinas con sus brillantes é inmaculadas espeteras, sus hornos y sus hornillas, y sus muros de porcelana, todo ello reluciendo con mecheros eléctricos de la célebre sociedad *Force et Lumière;* el elegante comedor con su chimenea del género Palissy, su espléndido mueblaje, y su mesa servida para imaginarios convidados, con lámparas Werdermann que mandan dulce y pura luz sobre riquísimo servicio, despertando apetitos imposibles en el curioso público, que se apiña tras el acordonado del recinto; y la sucesion no interrumpida de salones en que luchan con luminosos dardos todos los sistemas conocidos, de Jablochkoff, Brush, Jamin, Jaspar, Meritens, Siemens, la Sociedad española de electricidad, y los inventores de las lámparas de incandescencia, Maxim, Swan, y Edisson; y al querer cruzar de unas salas á otras, todavía aquella interminable y monstruosa serpiente humana de infinitos repliegues, llenando salones y galerías, con la cola perdida en la muchedumbre, mar inmenso de miles y miles de séres, la voraz cabeza contra las puertas de los gabinetes telefónicos, y el cuerpo contenido en sus palpitaciones y amenazas por inflexibles ligaduras, que en nombre de la buena policía mantienen numerosos *sergents de ville*, ó agentes de órden público, como diríamos por acá; y al fin de la exposicion, otra exposicion que comienza en las salas 24 y 25, á saber, la del célebre inventor americano T. A. Edisson, con serie interminable de ingeniosísimos aparatos, telégrafos duplex y cuádruplex, teléfonos, fonógrafos, plumas eléctricas, contadores de toda clase, reguladores, fotómetros, motores, y sobre todo sus admirables lámparas de incandescencia y su sistema de distribucion eléctrica; y cuando todo parece concluido, y los ojos deslumbrados, y más deslumbrada la imaginacion, y los nervios hechos conductores de corrientes inducidas, se baja por la escalera principal, sin hacer caso de las colosales estatuas, ni de los bronceados de Christofle, la primera rúbrica en materia galvanoplástica, porque ha cubierto ya de oro, plata, cobre, nikel y bronce hectáreas enteras; y al fin, cuando despues de mucho buscarla, se encuentra la salida, y en los jardines de los Campos-Elíseos se penetra, y de su frescura, sus sombras, y su calma se goza; cuando parece, volvemos á repetir, que la exposicion terminó, aquel intensísimo foco eléctrico, que en la cúspide del edificio brilla, y que tiende como espada vencedora de luz un rayo rectilíneo de algunos kilómetros sobre los míseros faroles de gas de los campos, que imitan, segun huyen dispersos en todas direcciones, un verdadero ejército en derrota; todo esto, luces, instalaciones, banderolas, máquinas, aparatos, alambres, faros, salones, gabinetes, galerías, y la muchedumbre, y el ruido, y la influencia eléctrica, forman como una especie de vision apocalíptica de esta nueva religion del trabajo, vision que no se borrará nunca del cerebro en donde una vez penetró, y que siempre se presentará envuelta en una aureola de luz á la memoria, y como eterno foco de verdad y de armonía al pensamiento.

Hasta aquí la impresion que el palacio de los Campos Elíseos produce: pasemos ya al estudio reflexivo de sus invenciones y adelantos.

Pero entre la sensibilidad y el pensamiento está, por decirlo así, la memoria; y si el estudio de lo que fué es provechoso, áun en los anales de los pueblos, á pesar de tantos crímenes, tanta sangre, y tantas catástrofes como registran; tan provechosa por lo ménos ha de ser la historia de esta ciencia de la electricidad, inmenso reguero de luz, que brota de entre sombras en los orígenes de la civilizacion, que es hilo sutilísimo durante siglos, que al acercarse al nuestro es ya rio potente, y hoy mar profundo en que vienen á buscar alimento todas las ramas de la física.

En los tiempos de Grecia y Roma la electricidad era conocida únicamente por dos de sus manifestaciones, ó en todo caso, y aplicando el criterio de la ciencia moderna, por tres órdenes de fenómenos: el rayo allá en los cielos; el sucino ó ámbar amarillo, *electron* de los griegos y *electrum* de los romanos, especie de resina fósil, que, despues de frotada, adquiere la singularísima propiedad de atraer los cuerpos ligeros y móviles; y la piedra iman, nuevo caso de atraccion, que presentaba ciertas semejanzas con el fenómeno precedente. Pero prescindamos de esta última, que hasta nuestros dias ha sido cosa distinta de ambas electricidades, la estática y la dinámica, y atengámonos á las dos primeras clases de hechos. Y ¡qué hechos tan distintos al parecer! ¡qué abismos entre la terrible línea sinuosa del rayo, el fragor del trueno, la luz deslumbradora del relámpago que enciende los espacios, y un cuerpecillo insignificante, bueno cuando más como juguete de niño, ó como adorno mujeril! Allá en el fondo del gineceo una belleza helénica, rodeada de jóvenes esclavas, se entretiene en frotar las cuentas de su múltiple collar, cuentas de ámbar amarillo que mercaderes fenicios le trajeron de las costas del Báltico. Y despues, cogen entre todas alguna blanca paloma de las que vienen á beber en la fresca linfa de las fuentes de mármol que adornan sus jardines, y con los electrizados granilles atraen las recortaduras de las puntas del ala, del ave predilecta de Vénus.

Esto en la baja tierra y en los inocentes juegos de un *boudoir* clásico; y fuera, y léjos, y en lo alto, nubes tempestuosas que el aquilon arrastra, masas oscuras que entre sí chocan en los aires, como monstruos de las tinieblas empeñados en fantástica batalla, la chispa eléctrica que en rápida serie de gigantescos ángulos busca su equilibrio, y un estampido que las montañas con sus ásperas gargantas repiten una y otra vez, hasta que se debilitan y se pierden sus ecos.

¡Quién podia alcanzar, por aquellos tiempos, poder sintético suficiente para unir en un solo fenómeno, fenómenos al parecer tan opuestos! ¡quién podia adivinar, que las atracciones de aquel *electron*, el rayo de Jove, y la piedra de Lidia, eran una misma cosa, y que al cabo de algunos siglos, el ámbar y el rayo y la piedra iman formarian trípode misterioso, más sublime y más misterioso que el de todas las sibilas, trípode en que se asentarian los cimientos de un palacio todo luz, y fuerza y prodigios!

En un principio el espíritu religioso de los griegos explicó el orígen del ámbar por los expeditos y pintorescos recursos de su poética mitología.

Es el caso, que el Sol tuvo un hijo, aquel travieso y mal aconsejado Faeton, que se hizo célebre por su descomunal caida, por su insigne torpeza, y por haber dado nombre á un género especialísimo de vehículos: que la moda utiliza de cuando en cuando, y tuvo el padre del dia otras tres hijas, las poéticas y sensibles *heliadas*, que al saber la desgracia de su buen hermano, pusiéronse á llorar, y con llanto tan inagotable, que cuatro meses enteros lágrima á lágrima gotearon todas las de sus ojos, hasta que, enternecido el corazon de los inmortales, pusieron término á su dolor, convirtiendo en olmos á las tiernas doncellas y en granos de ámbar á las lágrimas purísimas por tristezas fraternales vertidas.

Pero los filósofos han sido en todos los tiempos descontentadizos en materia de explicaciones maravillosas; siempre han estado, áun los más juiciosos é inofensivos, tocados de impiedad; y la explicacion que precede, no satisfacía por lo visto el espíritu investigador de Thales, Demócrito, Platon, Plinio, Plutarco y algunos más; de suerte que unos y otros diéronse á buscar razones y teorías más al natural, aunque ménos pintorescas, y segun costumbre acumuláronse hipótesis sobre hipótesis sin ningun resultado positivo.

Hasta aquí los fenómenos eléctricos redúcense, segun vemos, á uno solo: las atracciones del ámbar; y es preciso saltar por una larga serie de siglos, para venir á nuevos descubrimientos. Al fin del XV, Guillermo Gilbert célebre físico, publica en Lóndres su gran obra: «De magnete, magnetibus corporibus», y amplía el fenómeno del ámbar á un gran número de sustancias, dividiéndolas en dos series ó grupos, ó por mejor decir, en tres grupos distintos: *uno* que tiene por base ó rúbrica el vidrio, el cristal, y las piedras preciosas artificiales; *otro* que comprende el ámbar, las resinas, la goma laca, y el azufre, como tipos característicos; *otro tercero* como las perlas, el coral, las maderas, los metales, que no adquieren por el rozamiento ninguna propiedad eléctrica.

De aquí la division de la electricidad en *vítrea* y *resinosa*, y la division de todas las sustancias en *eléctricas* ó no *eléctricas:* divisiones hoy inútiles, ya gastadas, y en el fondo viciosas, pero de gran importancia por entónces, y que marcan el primer momento científico en los fenómenos de la electricidad.

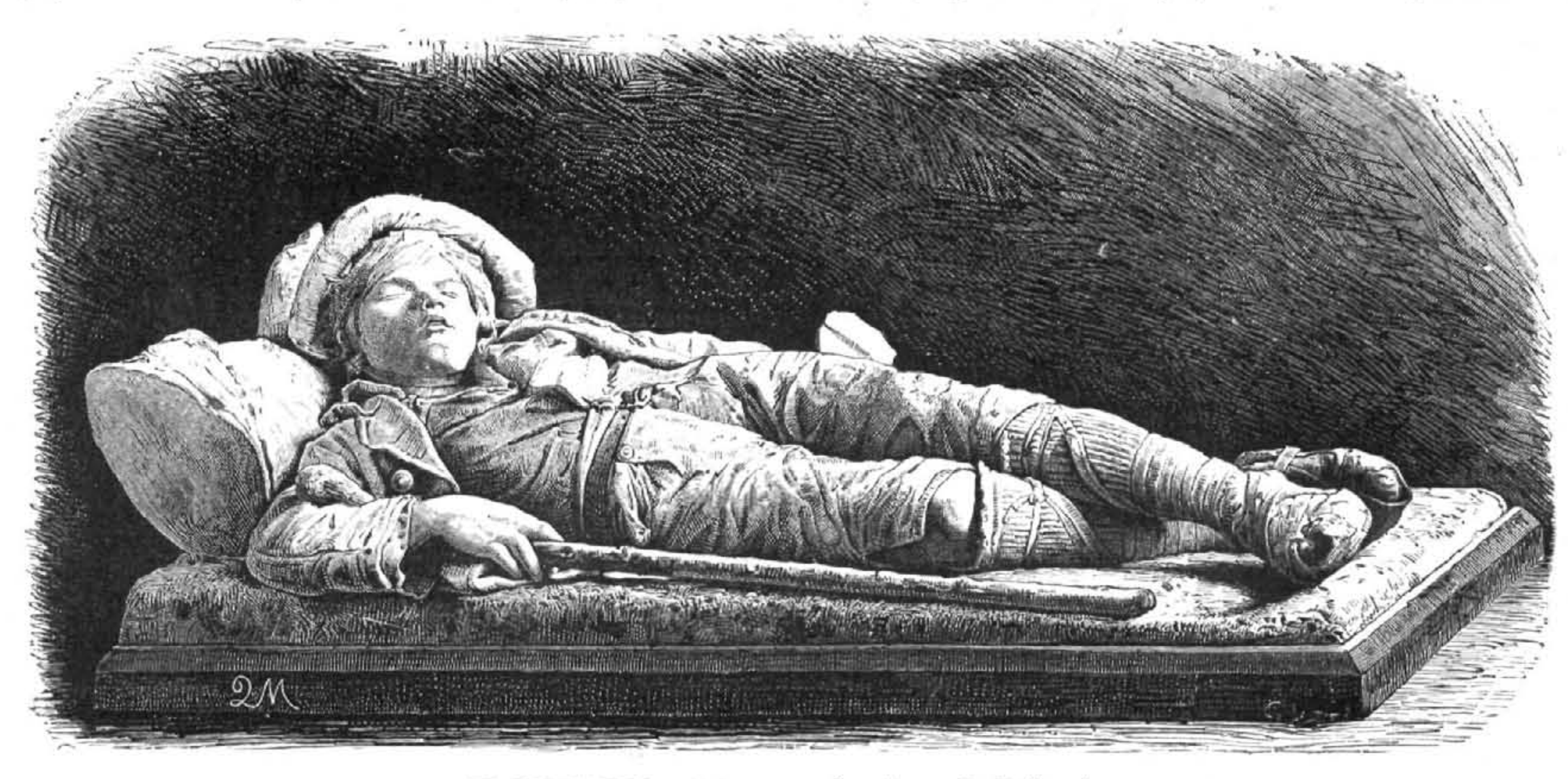
Los hechos físicos empiezan por ser anónimos, como el cáos: luégo se particularizan y llevan nombre, el de algun sabio, el de algun genio, por lo ménos el de algun paciente y profundo observador. Durante siglos, ya lo hemos visto, la electricidad es la atraccion del ámbar amarillo, el resplandor del relámpago, la potencia del iman: Gilberto es el que con su clasificacion y sus observaciones da á la ciencia de la electricidad un primer nombre ilustre: despues viene Otto de Guericke, que inventa la primera máquina eléctrica: un globo de azufre, giratorio alrededor de un eje y frotado por la mano del experimentador ¡qué aparato tan sencillo! y sin embargo ¡qué gérmen tan fecundo!

Otto de Guericke fué el primer hombre que *oyó el ruido*, y *vió la luz* de la electricidad producida por el frotamiento: ruido tan débil, que en el mayor silencio, aplicando el oido, apénas se percibe: luz tan tenue, que en la oscuridad, y mirando muy de cerca, apénas se nota: fenómeno tan menudo, si así puede decirse, que casi confunde su realidad con la ilusion. Pequeño, mínimo, inapreciable como todo gérmen; como todo gérmen potente y misterioso; primer paso, si la imágen es permitida, de la nada al sér.

Y sin embargo, esa chispa eléctrica de Otto de Guericke, que casi no es, que ni se oye, ni se ve casi, es más, vale más, contiene más grandezas, que todas las nubes tempestuosas del espacio en las líneas crujientes de sus eléctricos bordes. La electricidad atmosférica es aparatosa, pero es hoy lo que siempre fué; ménos que en los primeros períodos geológicos: la centella de Jove no ha

progresado desde sus buenos tiempos; sus ímpetus han decaido; y como caballo que se domestica, bien puede decirse que dejó de ser el monstruo terrible que era, desde que Franklin puso bocado de hierro con las barras de sus para-rayos, á sus desordenados ímpetus.

En cambio, la chispa eléctrica de aquel globo de azufre de Otto de Guericke, que nadie más que el buen deseo de su creador podia ver y lograba oir, ha crecido, y es rayo en las grandes baterías, corriente en el telégrafo, buzo prodigioso en el cable trasatlántico, fuego en el crisol de Siemens, voz humana en el teléfono de Bell, luz en el arco voltaico y en la línea de incandescencia de Edisson, fuerza en la máquina de Gramme, accion química en la cubeta galvanoplástica, incansable vigilante en los fuegos y en las inundaciones, mano invisible que cose, teje y borda, fisiólogo prodigioso que penetra, profundidades adentro, en los misterios de la sensibilidad y de la vida; en suma sér prodigioso y benéfico, trabajador incansable, obrero de la civilizacion.



EL DESCANSO, estatua en mármol por R. Belliazzi

Véase á la electricidad que el hombre ha creado, esforzándose por la gran obra del progreso; y véase al rayo en las nubes, con todas sus grandezas y resplandores, convertido en eterno haragan de los espacios.

Goce hoy de su holganza, que quién sabe si algun dia le harán trabajar, poco ó mucho, lo que pueda, las novísimas pilas secundarias, que con malicia llegan, y mucho han de dar de sí.

La obra del progreso humano, bajo el punto de vista material, puede condensarse en esta fórmula: hacer trabajar en provecho del hombre todas las potencias naturales que hoy se pierden estérilmente: la fuerza solar, las mareas, las olas, toda clase de combustibles, los vientos, los imanes, las corrientes telúricas, la electricidad atmosférica, todo desnivel de temperaturas, todo desnivel eléctrico, como todo desnivel hidráulico: aprovechar en suma la energía *en potencia* de todos los elementos materiales. Sobre todo esto ya insistiremos en otros artículos.

JOSÉ ECHEGARAY.

OBJETOS ARTÍSTICOS.—Los que ofrecemos hoy, reproducidos por el grabado, á nuestros lectores, aunque de índole bien distinta, merecen figurar entre los notables que ha producido en nuestros dias el arte decorativo.

Representa el primero un centro de mesa de estilo gótico francés, y llama desde luégo la atencion por su forma original y severa. Este soberbio centro, obra de los Sres. Hart hijo y Peard de Lóndres, está compuesto de más de dos mil piezas separadas, de metal, las más de ellas soldadas entre sí, doradas al galvanismo, y de una labor delicada y primorosa, enriquecida por incrustaciones de marfil y magníficos esmaltes.

En los notables motivos de ornamentacion se admira un exquisito gusto, así en los cuadros oxidados con relieves, como en los diversos cuerpos que destacan en la base.

El jarron que á su lado figura es asimismo muy notable.

Recuerda obras de parecida índole que figuran en las famosas colecciones de Roma y de Nápoles, y su decoracion es en extremo graciosa y elegante: rodean su cuerpo una serie de cupidillos que danzan y juguetean al són del rústico instrumento que en sus manos tiene uno de los amorcillos apoyados en las asas: el que se ostenta en el remate empuña la copa simbolizando la alegría báquica.



CENTRO DE MESA, obra de los Sres. Hart (hijo), y Peard de Lóndres

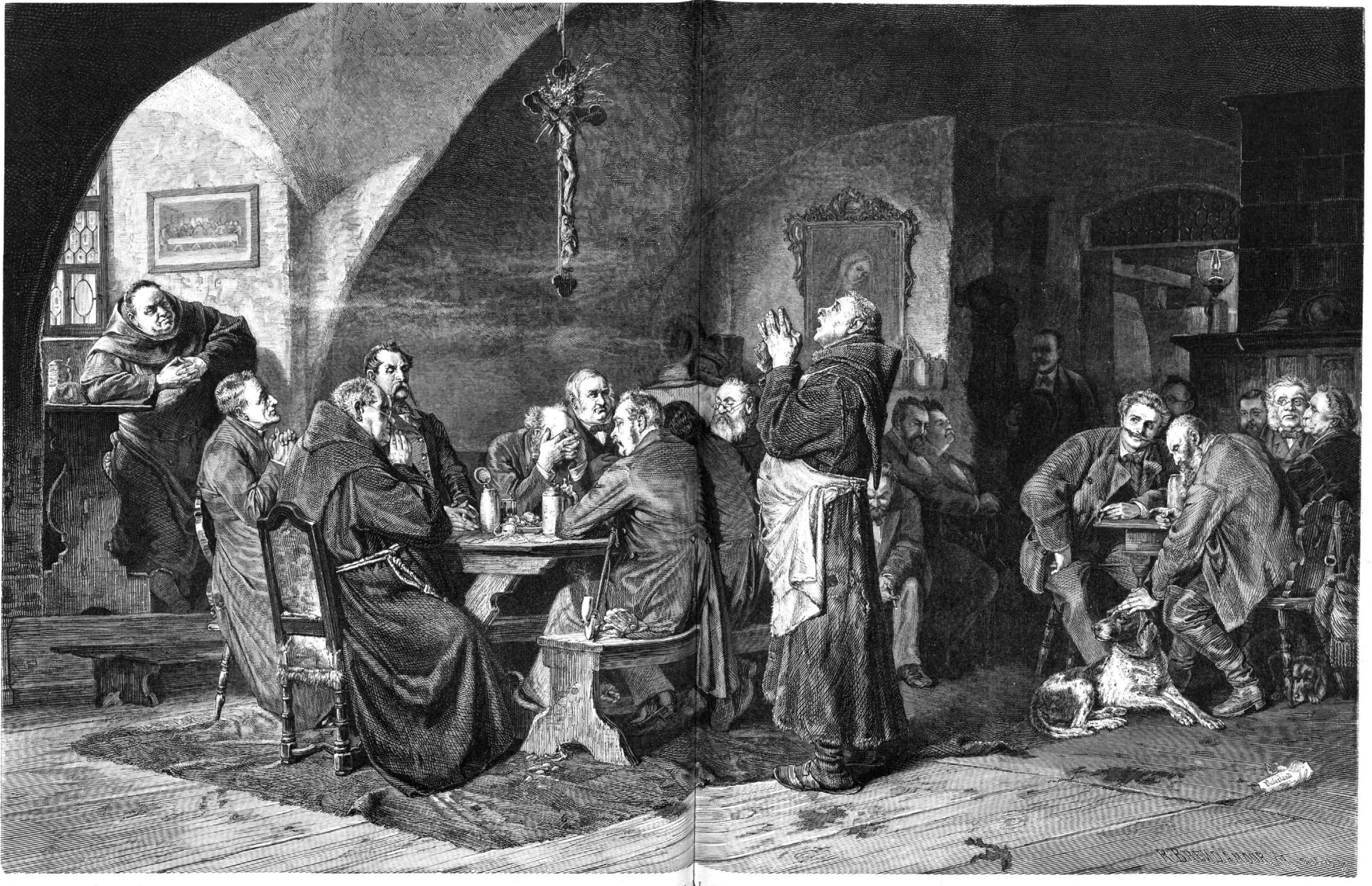


JARRON, debido al notable artista Alejandro Keller, de Roma

Débese esta obra al Sr. Alejandro Keller de Roma, y bien se echan de ver en ella los conocimientos de las obras antiguas que posee el autor. En este género, en el que no siempre acierta á emanciparse el artista de los modelos, Italia ha producido obras verdaderamente dignas de llamar la atencion; y ya que no permita el desarrollo de poderosas facultades más propias para lucir en superiores dominios, da sin embargo á conocer que la fuerza de la inventiva, la poderosa y lozana imaginacion artística de ese pueblo es inagotable.

El arte greco-romano que ha producido, animado por el aliento del Renacimiento, obras tan apropiadas á su índole fastuosa y elegante, puede decirse que brilla en toda su pureza en alguna de ellas; á cuya simple vista se evoca el recuerdo de dos civilizaciones, de dos estilos que amalgama el gusto moderno.

IMP. DE MONTANER Y SIMON



LA BODEGA DE UN CONVENTO ALEMAN AL SONAR EL TOQUE DE LA ORACION

(CUADRO DE EDUARDO GRUTZNER)